

# LA HETERODOXIA DE MARIÁTEGUI

Por: Alberto Flores Galindo

La formación intelectual de José Carlos Mariátegui no se limitó a la lectura de Marx y Lenin. Desde los años pasados en Europa tres vertientes ayudaron a conformar su andamiaje cultural: los clásicos del marxismo, donde al lado de Marx y Lenin, incluyó también a Trotski; los socialistas como Labriola, Kautski, los teóricos de la II Internacional e incluso aquellos que como George Sorel habían sido criticados duramente por Lenin y el conjunto de la cultura europea de su tiempo, al leer a un idealista como Croce, un reaccionario como Spengler o a un autor tan polémico e innovador como Freud. El marxismo de Mariátegui no era un sistema cerrado y por lo tanto no podía desenvolverse al margen de la cultura del siglo XX.

Pero en los autores mencionados, Mariátegui no sólo se interesaba por sus textos sino que buscaba la correspondencia entre sus obras y sus biografías. Su predilección por Lenin se explicaba no sólo porque había innovado el pensamiento de Marx, sino porque además en su vida había dado un ejemplo palpable de ese nuevo tipo de hombre que emergía bajo el aliento del marxismo: el revolucionario.

Dadas estas consideraciones, no puede extrañar que en el primer número de Amauta, publicado en septiembre de 1926, Mariátegui comente con entusiasmo el libro de Miguel de Unamuno La Agonía del Cristianismo, para recoger a la par que algunos planteamientos del autor, la pasión que sabía imprimirles. Unamuno ponía pasión en sus ideas; Mariátegui no concebía una manera diferente de escribir: la agitada actividad periodística y su militancia lo habían alejado de la frialdad académica. Precisamente en la reseña mencionada, se atreve a establecer un paralelo entre Marx y Dostoyevski: ambos tenían "un alma agónica, un espíritu polémico".

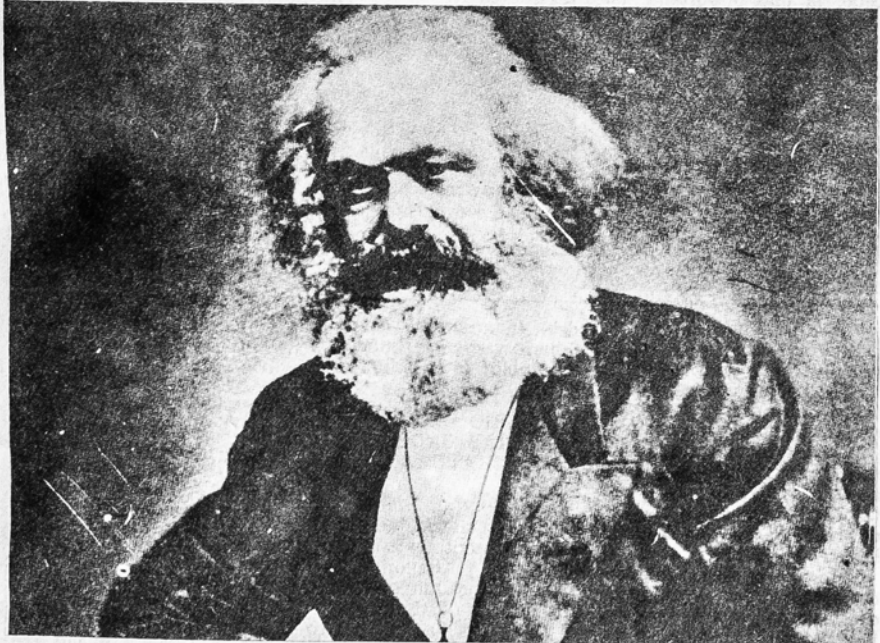
La tarea del marxismo, para Mariátegui, no era repetir a Marx, ni cultivar la veneración bíblica de las citas. Por el contrario, los verdaderos marxistas eran aquellos que prolongaban y continuaban



el pensamiento de Marx, pensando libremente y sin temor: "Los que lo han continuado — dice en el texto de Amauta antes citado —, no han sido los pedantes tudescos, exégetas ortodoxas de la teoría de la plusvalía, incapaces de agregar nada a la doctrina, dedicados sólo a limitarla, a estereotiparla; tan sólo, más bien, los revolucionarios, tachados de herejía como George Sorel — otro agoniante diría Unamuno — que han osado desarrollar las consecuencias de la idea marxista." Difícil sería encontrar mejor defensa de la herejía y de la heterodoxia. Toda la obra de Mariátegui es una permanente refutación del marxismo dogmático. Pero, los avances en la teoría, no podían ser obra de intelectuales aislados, sino de hombres que unieran el pensamiento con la acción, que ex-

presaran a un movimiento social: "Marx inició este tipo de hombre de acción y de pensamiento — decía Mariátegui en La Defensa del Marxismo. Pero en los líderes de la revolución rusa aparece, con rasgos más definidos, el ideólogo realizador. Lenin, Trotski, Bukharin, Lunatcharsky, filsofan en la teoría y en la praxis."

Pero la originalidad de Mariátegui, su propia heterodoxia, nació en definitiva de una lectura original de Marx hecha en la sociedad peruana, desde el problema nacional en el Perú, a partir de nuestra tradición cultural y social. A señalar las fuerzas de lo nacional, la manera específica como entendió Mariátegui a la cultura peruana de su tiempo, dedicaremos el siguiente artículo.



"La tarea del marxismo, para Mariátegui, no era repetir a Marx ni cultivar la veneración bíblica de las citas."



Construir el socialismo dentro de las reglas de juego de la legalidad burguesa es una contradicción en los términos.

## LA MORALEJA DE ALLENDE

Por: Luis Pásara

Amba de revivir la discusión sobre lo que pasó en Chile entre 1970 y 1973. El asunto viene del planteamiento político global del Frente de Unidad de Izquierda. Según ellos, no se trata de proponer la destrucción del Estado sino de avanzar gradualmente en los próximos 5 años, introduciendo reformas y transformaciones que respeten la legalidad que la clase dominante ha venido usando para ejercer su dominio.

Esto es precisamente lo que intentó el gobierno de Allende. Y el resultado se vio hace más de seis años: la "vía chilena al socialismo" terminó siendo la ruta directa al golpe. Porque quienes abrieron el paso a Pinochet no fueron "los apurados", como sentenció interesadamente Perón, sino las estrategias del PC chileno que equivocaron en redondo el planteo.

La "legalidad" cerró el paso, tanto a la política económica de la UP, como a la creciente organización popular que podría haber convertido la victoria electoral en poder. Todo el aparato de la legalidad burguesa detuvo el proceso: o el poder judicial o la contraloría paraban los decretos de Allende, al igual que los actos de creciente reivindicación de decisión por las masas.

Las reglas del juego del gobierno de Allende eran las de la legalidad. Su muerte heroica es un inútil símbolo de esas reglas: el Presidente y su guardia se defiende de los militares golpistas, atrincherado en Palacio. Pero no rompe las reglas de juego. Allende convoca a los obreros a sus centros de trabajo para detener el golpe con el gesto, pero no con las armas.

Ahí está el centro de la discusión: ¿era viable esta estrategia legal? ¿era posible triunfar respetando las reglas creadas por el enemigo y que



Las reglas de juego del gobierno de Allende fueron las de la legalidad

el enemigo no respetaba?

La cuestión giraba en torno a si resultaba factible arrancarle el poder a la reacción, progresiva, incrementalmente, siendo así que ella controlaba buena parte del poder político y, obviamente, el poder económico. Allende y el sector prevalente en Unidad Popular apostaron a que sí. El MIR, desde el comienzo, sostuvo que no. Y sectores crecientes en Unidad Popular se inclinaron a admitir que no.

La conclusión surgió de la práctica. Los militantes se encontraron con los muros legales puestos por el congreso, con la obstaculización ejercida desde los fallos judiciales con un indismulable sentido de clase y, por supuesto, con el boicot de los empresarios parapetados tras normas jurídicas del Estado que Allende no quería destruir.

Los tres años de la ruta chilena demuestran sangrientamente que, construir el socialismo dentro de las reglas del juego de la legalidad burguesa, es una contradicción en los términos. No parecen entenderlo así quienes aquí

plantean "la vía pacífica" al socialismo. Y la cuestión tiene efectos políticos.

Porque ya, desde ahora, se está engañando políticamente al pueblo cuando, dentro de un pacifismo que resulte aceptable a los dominantes, se predica que los militares no tendrían por qué dar un golpe en caso que la izquierda gane las elecciones, como ha afirmado Génaro Ledesma. Por el contrario, desarrollar la conciencia política implica plantear una estrategia que perciba la violencia reaccionaria como una constante que el pueblo tendrá que enfrentar con algo mucho más sólido y confiable que la ley.

Al agredir a un gobierno de izquierda popularmente elegido, la reacción cuenta con todo el aparato del Estado y sus mecanismos legales, levantados por ella para servirla. Plantearse como desmontar el control de clase sobre parlamento, aparato judicial y fuerza armada, no es una provocación. Es requisito para delinear una estrategia certera.